

KOBIE ANEJO nº 23: 23-34

Bizkaiko Foru Aldundia-Diputación Foral de Bizkaia

Bilbao - 2021

ISSN 0214-7971

EL POBLAMIENTO PROTOHISTÓRICO EN EL CANTÁBRICO ORIENTAL: DATOS PARA UNA REFLEXIÓN CRÍTICA (1915-1975)*

The protohistoric settlement at the east of the Cantabrian area (Northern Spain): some data for a critical historic reflection (1915-1975)

*La vida sólo puede ser comprendida mirando hacia atrás;
pero sólo puede ser vivida mirando hacia adelante.*

Soren Kierkegaard

Palabras clave: Protohistoria. Edad del Hierro. Historiografía.

Key words: Protohistory. Iron age. Historiography.

Gako-hitzak: Protohistoria. Burdin Aroa. Historiografía.

RESUMEN

En este trabajo sobre la investigación arqueológica relacionada con el período final de la Prehistoria, el Bronce final y la Edad del Hierro, consideramos las diferentes labores de campo y las interpretaciones a que han dado lugar desde finales del siglo XIX hasta 1975 en el País Vasco. Se repasan los trabajos germinales de P. Bosch Gimpera (1923) y J. Martínez Santa Olalla (1941), y su alcance sobre las sistematizaciones e interpretaciones posteriores de J.M. Barandiaran (1934 y 1953) y J.M. Apellániz (1974 y 1975), como antecedentes inmediatos de los trabajos de investigación sobre la Edad del Hierro en el Cantábrico oriental emprendidos en el último cuarto del siglo XX.

ABSTRACT

This paper deals with archaeological investigations concerning the end of Prehistoric times, late Bronze and Iron ages, taking into account the different fieldwork and interpretations that have arisen from the end of the 19th century until 1975 in the Basque Country. The germinal works by P. Bosch Gimpera (1923) and J. Martínez Santa Olalla (1941), are reviewed and so is their influence on the systematization and subsequent interpretations by J.M. Barandiaran (1934 and 1953) and J.M. Apellániz (1974 and 1975). They are considered as immediate antecedents to modern research on Iron age carried out in the last quarter of the twentieth century in the west Cantabrian area.

LABURPENA

Historia Aurreko amaieraren, Brontze Aroaren amaieraren eta Burdin Aroaren amaieraren gaineko ikerketa arkeologikoari buruzko ikerlan honen gainean, XIX. mendetik 1975era bitartean egin diren landa lan eta interpretazio desberdinak aztertu ditugu. P. Bosch Gimpera (1923) eta J. Martínez Santa Olalla (1941) jaunen lan germinalak errebasatu dira, J.M. Barandiaranen (1934 eta 1953) eta J.M. Apellánizen (1974 eta 1975) ondorengo sistematizazio eta interpretazioetan eragina izan dutelako, eta XX. mendearan azkeneko laurdenean Ekialdeko Kantauri aldean ekindako Burdin Aroari buruzko ikerketa lanen berehalako aurrekariak izan direlako.

* Publicado en el *Homenaje al Profesor Dr. Juan M^a Apellániz. 30 años de Arqueología (1972-2002)*, Anejos de Kobie 6 (vol 1), 2004, 269-284.

La aproximación al extenso período que abarca el Bronce final y la totalidad de la Edad del Hierro, aproximadamente el milenio anterior al cambio de era, resulta esencial para conocer la naturaleza y la evolución de las comunidades indígenas que encontró Roma en este rincón de las tierras cantábricas¹. Su estudio ha sido abordado desde diferentes ángulos temáticos, mediante distintas disciplinas científicas y con diversos objetivos en los últimos ciento cincuenta años. Para una aproximación a la problemática sobre el origen del poblamiento indígena en el Cantábrico oriental resulta imprescindible incidir sobre la cuestión de la procedencia del pueblo vasco y sobre la extensa bibliografía a que ha dado lugar desde el siglo XVI².

Como reflexión previa nos gustaría indicar que los estudios históricos, por ser la base de la búsqueda del origen de la sociedad o de la comunidad a la que se pertenece, están sujetos a condicionantes políticos, reconocidos o no por los investigadores, que vienen impuestos por la misma trama político-social en la que se desarrollan. Cuando un investigador, en este caso un antropólogo o arqueólogo, siente que confirma lo establecido históricamente por el grupo o, al contrario, lo desmiente, se encuentra afirmando o cuestionando el devenir histórico colectivo en relación a su origen; y, lo que aparentemente era una indagación aséptica, se convierte en un asunto de interés público.

La aplicación de esta reflexión nos lleva a enfocar las diferentes hipótesis que han pretendido explicar un determinado hecho o teoría de carácter histórico como el resultado, buscado conscientemente o no, de una justificación para la implantación o la eliminación de una opción política que se rechazaba o se deseaba imponer.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, con la controversia fuerista como telón de fondo, continúa vigente la justificación vascocantabrista, por la que, en función de textos bíblicos y clásicos, se defendía, entre otros “dogmas históricos”, que los vascos eran los primeros habitantes de la Península y el euskera, la primera lengua de ésta. La continuidad y la permanencia del pueblo vasco y de su lengua venía dada por el no sometimiento a pueblo extranjero alguno, ya sea el celta, el romano o el visigodo: *“Aquella Bizcaya que tuviera la dignidad de conservarse pura e intacta en medio de las inmigraciones ibérica y céltica, y la altivez de despreciar el fasto del Imperio romano; aquella Bizcaya que supo esquivar el roce por los bárbaros de septentrión y que pudo ser mermada pero, nunca sometida, por el acero del belicoso visigodo, y burlara la energía y el talento del más poderoso de sus reyes, Leovigildo”* (Arana 1965: 155).

Esta situación fue en parte enmendada por I. López de Mendizábal que, enfrentándose a la opinión generalizada, aceptó que Roma no luchó contra los vascos, si no contra los cántabros, y que éstos se ubicaban en la Cantabria histórica y no en el País Vasco (López Mendizábal 1899: 64). Con ello el mito vascocantabrista, abatido por un autor local de filiación nacionalista, se derrumbó definitivamente, al menos en el ámbito científico, y, con él, todas las

argumentaciones y afirmaciones “dogmáticas” en relación al origen de la lengua y el pueblo vasco (Duplá y Emborujó 1991: 110).

Desechada la teoría vascocantabrista, al menos la parte referente al no sometimiento a Roma, quedaba por explicar cómo un pueblo portador de una lengua, cuya antigüedad es confirmada por todos los lingüistas del momento, ha perdurado en este rincón peninsular. La argumentación era sencilla: si existe una lengua diferente tiene que haber un pueblo que la haya hablado de forma continuada y desde la más remota antigüedad. Las investigaciones que buscan dar con la solución del problema son planteadas sucesivamente desde el campo de la Lingüística³, la Antropología (Barandiaran 1987)⁴, la Arqueología⁵ y Etnografía⁶, para en última instancia acudir a una argumentación en la que participan todas o parte estas disciplinas⁷.

No es de extrañar que, ante los mismos escasos datos de carácter arqueológico, antropológico, etnográfico o lingüístico, durante este siglo y medio años se hayan planteado teorías radicalmente distintas para explicar un mismo hecho histórico como es el origen de la comunidad vasca, ya que todo depende del objetivo último que ha motivado esa investigación.

Estas actitudes, comunes a todas las sociedades, también han afectado a la explicación que en el Cantábrico oriental se ha dado a los períodos protohistórico y romano. Pudiera considerarse que al ser las fases del Bronce final y la Edad del Hierro fases terminales de las etapas prehistóricas y, por tanto, esenciales para conocer la evolución última del poblamiento indígena local, fueran algunas de las más estudiadas. Al contrario, nos encontramos en uno de los períodos menos trabajados por los investigadores hasta el último tercio del siglo pasado. Las razones para ellos son diversas pero fáciles de concretar.

Los primeros investigadores se centraron en aquellos elementos más llamativos que consideraban evidentes manifestaciones del pasado y eran individualizados fácilmente: los monumentos megalíticos o los grandes contenedores de información como lo son las cuevas. La arqueología del Cantábrico oriental no siente interés por las extrañas formaciones o murallas de los recintos fortificados hasta la segunda mitad del siglo XX, cuando comprende que falta una parte esencial de la secuencia histórica por estudiar, como es la Edad del Hierro.

Esta falta de curiosidad pudiera estar originada por la motivación que movió a los investigadores que buscaron e investigaron en aquellos temas y yacimientos en los que se pensaba se encontraría respuesta a las cuestiones que se estaban formulando a comienzos del siglo pasado: la búsqueda del origen del hombre vasco (antropológico) y la creación de una secuencia cultural que lo situara en el

1 La exposición que da origen a este texto -presentada como parte de las jornadas de homenaje al profesor Apellániz- se planteó como un recorrido por los estudios y los principales yacimientos arqueológicos localizados en el Cantábrico oriental en el curso del siglo XX. Dada la extensión del texto original, hemos decidido replantear el trabajo en dos partes y dedicar la primera a los estudios e hipótesis que surgieron hasta 1975, momento a partir del cual se potenciaron nuevos campos de investigación en la franja atlántica del País Vasco.

2 Para el período comprendido entre los siglos XVI y XIX, ambos incluidos, invitamos a leer a Duplá y Emborujó (1991).

3 Para una aproximación a este punto a inicios del siglo XX: A. Campión (1919) y H. Schuchardt (1922).

4 A principios del siglo XX los dos principales trabajos sobre antropología del pueblo vasco correspondían a E. Eguren (1914) y especialmente a T. Aranzadi (1922).

5 A partir de 1915 y durante las cuatro primeras décadas del siglo XX la labor de T. Aranzadi, E. Eguren y J. M. Barandiaran pondrá las bases de la arqueología vasca, excavando y documentando los principales yacimientos (Barandiaran 1953).

6 La labor etnográfica iniciada por T. Aranzadi, fue continuada y potenciada por J. M. Barandiaran a través de *Eusko-Folklore. Materiales y Cuestionarios* (1921-1975).

7 Ver las argumentaciones de J. M. de Barandiaran (1934). Reeditado en *Obras Completas*, tomo XI, Bilbao, 1976: 335-457.

espacio y el tiempo (arqueológica). Para lo primero, E. Eguren y T. Aranzadi excavaron diversos conjuntos megalíticos en busca de pruebas antropológicas, cráneos, en los que poder determinar la antigüedad de la raza vasca al comparar los rasgos craneales eneolíticos con los obtenidos sobre poblaciones contemporáneas. La búsqueda de una secuencia estratigráfica vino a partir de las excavaciones sistemáticas realizadas por Aranzadi y su equipo en cuevas como Santimamiñe (Kortezubi) y Lumentxa (Lekeitio), entre otras.

Una segunda razón es la dificultad para identificar niveles protohistóricos en las cavernas que se habían explorado hasta ese momento. El abandono paulatino de las cuevas como lugares de habitación a lo largo del segundo milenio a.C. y la menor frecuentación de estos recintos, al asentarse la población en poblados al aire libre, no había permitido la formación de estratos que ayudaran a conocer los períodos finales de la Prehistoria. Lo que puede quedar en los niveles tardíos de las cuevas es residual, poco significativo y la mayor parte de las veces revuelto, lo que dificulta la caracterización del período protohistórico.

También pudiera considerarse como causa del escaso desarrollo de los estudios protohistóricos la ausencia de instituciones de entidad, hasta fechas muy recientes, que hayan desarrollado proyectos y formado a investigadores en estas etapas. Consideramos que tal ausencia puede ser una parte del problema, pero desde luego no es la raíz del mismo. Otras áreas de investigación, los mismos estudios sobre las etapas paleolíticas, han sufrido hasta la segunda mitad del siglo XX semejante problema y, en cambio, ya habían establecido sus hipótesis para esa fecha. El retraso de los estudios sobre los períodos protohistóricos se puede explicar en parte, y solo en una parte pequeña, por la falta de una institución o un grupo de investigadores interesados en ellos.

Pero es, quizás, la causa más marcada del escaso avance de las investigaciones sobre las etapas protohistóricas, la falta de interés por ahondar en ese período. Este desinterés creemos que procede de una premisa previa que ha marcado todo el devenir de los estudios prehistóricos en el País Vasco. Esa premisa, quizás un prejuicio, parte del hecho de afirmar una continuidad cultural de la cultura vasca desde la Prehistoria hasta al menos el período romano, razón por la cual se ha considerado escasamente significativo o directamente se ha desestimado la posibilidad de movimientos de poblaciones alóctonas en la Prehistoria del País Vasco. No consideramos que haya existido un interés de ocultación, ni siquiera de rechazo, se trata ante todo de la presencia de una teoría dominante (Bosch Gimpera 1923) que justificaba la continuidad cultural y étnica, supuestamente comprobada sobre los indicios lingüísticos, antropológicos, arqueológicos y etnográficos.

Pedro Bosch Gimpera (1891-1974) es, posiblemente, una de las personalidades más universales y dinámica de la arqueología hispana de la primera mitad del siglo XX (Sans i Puig 1994). Podemos situar a Bosch Gimpera en la Barcelona del "Noucentisme" en un marco político y cultural de corte regeneracionista catalán del que va a ser una de las figuras más destacadas. Su capacidad de trabajo, tanto en el ámbito universitario como para las labores arqueológicas de campo, solo se ve superada por su afán e interés en sistematizar y sintetizar la Prehistoria hispana⁸.

La obra de Bosch Gimpera es un producto clásico historicista de los círculos difusionistas alemanes por el que busca la reconstrucción, aunque a veces se queda en la descripción, de la formación, extensión y movimientos de los pueblos estudiados. La base del análisis será el reconocimiento y la descripción de las diversas culturas materiales como elementos portadores de una "personalidad" en función de la semejanza o discrepancia de sus útiles y de las estructuras arquitectónicas analizados. Con Bosch Gimpera la investigación arqueológica, en la elección y resolución de los problemas, se pone al servicio de las comunidades nacionales emergentes a comienzos del siglo XX con el objetivo de levantar acta del proceso de germinación de éstas desde su pasado más remoto.

En el mes de enero de 1923 la Sociedad de Estudios Vascos invitó al profesor catalán a dictar una serie de conferencias en Bilbao sobre el origen del pueblo vasco. La sociedad vizcaína que pudo escuchar a Bosch Gimpera se encontraba en pleno proceso de transformación. Los beneficios económicos cosechados durante la década anterior, debido a la neutralidad española en la Gran Guerra, habían servido para acumular sustanciosas ganancias. Esto había permitido que surgiese y se consolidase una nueva burguesía de corte nacionalista que, ya en ese momento, ocupaba instituciones capitales, como la Diputación de Vizcaya, y que demandaba un espacio histórico propio, alejado de las fabulaciones míticas sobre el origen del pueblo vasco.

Pedro Bosch Gimpera planteó en aquellas jornadas, según sus propias palabras «un intento de reconstrucción de la etnología vasca» dentro del trabajo titulado *El Problema etnológico vasco y la Arqueología* (1923). En el apartado quinto de este trabajo, de forma muy escueta, sintetizaba lo expuesto anteriormente en esa misma obra en relación a la formación etnológica del pueblo vasco. En el enunciado final Bosch Gimpera (1923: 66) afirma que: *"dada la historia vasca, en la que el elemento indígena ha permanecido intacto a pesar de las infiltraciones de otros elementos de los territorios vecinos es lógico suponer a los vascos actuales descendientes de los vascones, por lo cual con la coincidencia de tipo entre los pirenaicos y los vascos actuales, además de la posición de los vascones en el cuadro etnológico de los alrededores de la época romana, podemos sin temor formular la hipótesis de que el pueblo vasco es en realidad el descendiente del antiguo grupo de la cultura pirenaica, cuyos orígenes se remontan al pueblo indígena del norte de España en el paleolítico superior"*. Esta afirmación, que Bosch Gimpera asegura haber confirmado a lo largo de las páginas precedentes de ese artículo, tendrá un calado profundo entre los arqueólogos y antropólogos vascos y marcará la bibliografía arqueológica del País Vasco, consciente o inconscientemente, hasta fechas avanzadas de la segunda mitad del siglo XX, condicionando la mayoría de los trabajos que se aproximen a la temática prehistórica, protohistórica e incluso a la investigación sobre el período romano.

Hasta el presente no conocemos un análisis pormenorizado de la hipótesis planteada por Bosch Gimpera para la génesis etnológica

de 1922 en Córdoba, que recogerá el diario *La Voz*: "...el doctor Bosch Gimpera empieza diciendo que su labor es la idéntica de aquel individuo que se encontrara en una habitación, llena de objetos revueltos, en la que, además, existiese un armario con encasillado correspondiente a aquellos objetos, y que el trabajo consistía en volver a colocarlos cada uno en su sitio". La imagen resulta reveladora en cuanto considera la posibilidad de ordenar a partir del material existente, por lo general muy escaso, el "armario" etnográfico hispano.

8 En la obra de Gracia, Fullola y Vilanova (2002: n.189) se muestra la imagen que de sí da Bosch Gimpera en una conferencia dictada el 28 de diciembre

vasca presentada en ese trabajo y mantenida, con ligeros matices en toda su obra posterior. Es evidente que no resulta válido practicar una crítica a tal hipótesis desde la posición de ventaja que da el estado actual de los conocimientos arqueológicos sobre el País Vasco. Pero sí es interesante establecer un análisis interno del texto presentado por Bosch Gimpera para determinar la fiabilidad de la teoría expuesta ya en 1923, tanto en función de los datos arqueológicos manejados como del alcance de los razonamientos esgrimidos. Esta labor de análisis solo se aplicará en el presente trabajo a lo afirmado para el período protohistórico, el último milenio antes de Cristo, la etapa que ahora nos ocupa, pasando a continuación a indicar su influencia sobre otros trabajos posteriores.

Como punto de partida hemos de indicar que la principal hipótesis de trabajo de Bosch Gimpera para la formación etnológica del País Vasco esta condicionada por la aceptación *a priori* de la continuidad de un mismo grupo indígena desde la Prehistoria hasta el siglo XX en ese entorno. Esta continuidad que tiene como principal argumento, nunca enunciado expresamente, la presencia desde tiempos prehistóricos de la lengua vasca, *“el Robinsón vasco continúa habitando su isla desierta”* (1923: 4), la ve confirmada por las disciplinas arqueológica y antropológica *“que pueden operar con datos de fechas seguras”* (1923: 5) frente a la lingüística de cuyos resultados presenta evidentes dudas *“en cuanto a las hipótesis filológicas, de la mayoría no hay siquiera que hablar”* (1923: 4). El trabajo de Bosch Gimpera es un intento de demostrar esa continuidad étnica (vasca) basándose en los datos aportados por la arqueología, la antropología y las fuentes clásicas grecolatinas.

Quizás, antes debiéramos considerar el hecho de que, en 1923, cuando Bosch Gimpera dicta sus conferencias en Bilbao, origen de este artículo, conoce los resultados de los trabajos de investigación de su alumno L. Pericot sobre las evidencias megalíticas pirenaicas catalanas y la relación de éstas con las estructuras dolménicas del Pirineo occidental⁹. Esta documentación, a la que añadirá la obtenida por el equipo de T. Aranzadi en la cueva de Santimamiñe, será la base para trazar una secuencia del proceso generador del pueblo vasco.

El argumento principal de Bosch Gimpera se encuentra en afirmar, siguiendo a Pericot, la existencia una homogeneidad cultural para el eneolítico pleno: *“tanto el Pirineo español como el francés ofrece una cultura plenamente caracterizada y distinta de las demás, la que llamamos pirenaica, aceptando la denominación que para la raza de ciertos restos humanos encontrados en sus sepulcros del país vasco adoptó el Sr. Aranzadi y después de comprobar el íntimo parentesco de esta cultura en todos los pirenaicos y extensiones”* (1923: 15-16)¹⁰.

9 Pericot defenderá su trabajo en Madrid el 21 de febrero de 1923, ante un tribunal de excepción formado por José Jordán de Urríes, José Ramón Mélida, Claudio Sánchez Albornoz, Hugo Obermaier y Manuel Villarreal Pérez, obteniendo la calificación de sobresaliente. El trabajo será publicado con el título: *La Civilización Megalítica Catalana y la Cultura Pirenaica*, Barcelona, 1925. Volverá a ser reeditado, esta vez con un título más modesto y algunas correcciones y añadidos, en 1950: *Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*, Barcelona 1950.

10 Ya anteriormente Juan Iturralde y Suit (1911) había establecido la relación entre las evidencias arqueológicas y la etnia vasca. En relación a la creación de la teoría y el término “pirenaico occidental”, L. Pericot nos ofrece la siguiente información: *“no es nueva la teoría; ya en 1890, estudiando los cráneos almerienses, el antropólogo V. Jacques usaba el nombre de pirenaico occidental para designar la raza a la que pertenecían varios de los restos estudiados. Más tarde T. Aranzadi ha estudiado la antropología vasca, lo que ha conducido a admitir la citada denominación para la citada raza”* (Pericot 1925: 151).

A continuación Bosch Gimpera después de plantear que detrás de cada “grupo étnico” peninsular, existe un “grupo antropológico”, afirma que *“no se puede pretender que presenten razas puras en el sentido somático de la palabra”*; aunque cita la excepcionalidad del tipo pirenaico occidental y enuncia sus características de raza: *“en líneas generales la mesocefalia con las sienes abultadas, el agujero occipital algo oblicuo, la barbilla saliente y al parecer la cara larga y de forma más o menos triangular”* (1923: 17). La extensión del grupo pirenaico occidental partiendo del Pirineo llega *“hasta Vizcaya (Gorbea) y Álava (Sierra de Urbasa y altos de Encia), pero no parece que por ahora se extienda al valle del Ebro”* (1923: 20).

Una vez establecida la presencia de una cultura pirenaica como base histórica, tanto arqueológica como antropológica del pueblo vasco, la argumentación presentada por Bosch Gimpera se ve interrumpida, sufriendo un hiato de aproximadamente 2000 años hasta llegar la etapa romana. Para este largo período, la Edad del Bronce y prácticamente toda la de Hierro, carece de información de carácter arqueológico y antropológico, justificando su teoría continuista por la supuesta estabilización del pueblo ya formado: *“de la avanzada Edad del Bronce lo poco que se conoce no nos dice gran cosa: solo la continuidad tipológica de los hallazgos permite suponer que no debieron haber cambios importantes en la etnología”* (1923: 34). Y de nuevo insiste: *“desde el eneolítico no han dado más hallazgos que unos cuantos hallazgos sueltos de hachas de bronce de tipos intereuropeos, que naturalmente no revelan nada de las particularidades locales de la civilización a que pudieron pertenecer. De todos modos, conviene retener los indicios arriba mencionados de la estabilización de la etnología a base de los pueblos del neolítico porque ello tiene para los pueblos pirenaicos una importancia capital como veremos más adelante”* (1923: 33). Según esta afirmación, el pueblo que portaba la cultura pirenaica occidental mostraría al comienzo del período romano una facies arcaizante, propia del eneolítico, dado que se había encontrado libre de influencias foráneas.

Dada esta afirmación, veamos cómo trata Bosch Gimpera el tema de las migraciones célticas en el entorno del País Vasco. En relación a la búsqueda de evidencia sobre el “paso de los celtas” destaca la ausencia de toponimia celta: *“los nombres de lugar célticos con los que en el resto de la península se ha podido llegar a delimitar la extensión de la zona céltica tampoco nos sirven en el caso del país vasco, porque los pocos que se han comprobado son seguramente de época posterior”* (1923: 50), y en cuanto a las evidencias materiales únicamente recoge el hallazgo de Echauri: *“restos arqueológicos en la parte montañosa del país vasco no existe ninguno de la primera ni de la segunda Edad del Hierro; solo en Navarra (Echauri) se halló una necrópolis con cultura post-hallstattica”* (1923: 50). No duda Bosch de que los materiales recuperados en Echauri indican la presencia de un asentamiento estable: *“la mezcla de armas y aperos de labranza, parece indicar que se trata de los restos de un pueblo establecido de modo permanente en el país”* y dados sus paralelos con los pueblos célticos de la meseta *“podría acaso sospecharse que de los movimientos célticos del siglo VI quedaría un resto en el camino que con el tiempo se absorbería por la población indígena”* o, aquí presenta otra posibilidad, *“también podría representar la necrópolis de Echauri la civilización de los indígenas que habían sido influidos fuertemente por los celtas en cuanto a la adopción de los tipos de armas”* (1923: 52). Como vemos, en todo caso, Bosch Gimpera considera escasa o nula la influencia de gentes célticas en el País Vasco,

considerando que estos contingentes humanos se limitaron a atravesar Navarra, pasando por Roncesvalles camino de Pamplona hasta llegar a la zona de Pancorbo (Burgos), donde ya localiza los nombres célticos de lugar como *Deobriga* (1923: 50).

El siguiente paso en la exposición de Bosch Gimpera se sitúa ya en el período romano, utilizando como fuente de información los textos clásicos de autores grecolatinos. Los autores manejados por Bosch Gimpera son principalmente Estrabón y Ptolomeo. La utilización que hace de las informaciones que extrae de los textos le permite, al crear una serie de categorías entre los pueblos citados en éstos, establecer un territorio extenso para el pueblo vascón que en modo alguno se corresponde con lo enunciado en las fuentes. Así, interpreta las citas que Estrabón hace de una parte de los pueblos del norte hispano “*Calaicos, Astures, Cántabros, Vascones, Jacetanos y Cerretanos*” como si fueran “regiones” geográficas para mostrar, a continuación, su coincidencia con “*las grandes unidades geográficas del norte de la península*” para así poder supeditar al grupo vascón aquellos otros pueblos que Bosch Gimpera considera como vascones, atribuyendo a Estrabón sus propias interpretaciones: “*sin embargo Estrabón deja ver claramente que estos son los grandes grupos, pero habla de pueblos parciales, en realidad subdivisiones de aquellos*” (1923: 57).

Una vez aunados todos los pueblos del cántabro oriental -autrigones, caristios y várdulos- en el grupo vascón, pasa a establecer, en consecuencia, el ámbito geográfico ocupado por éste durante el período romano. Así, en esta ocasión siguiendo a Ptolomeo, como ya era frecuente para la distribución de los pueblos prerromanos, indica: “*así después, por la costa de los Cántabros vienen los Autrigones (aproximadamente desde Santoña hasta ría de Bilbao), los Caristios (desde la ría de Bilbao hasta la cuenca del Deva), los Várdulos (desde el Deva hasta San Sebastián) y los Vascones por la costa neta-mente Pirenaica*” (1923: 58)¹¹.

En consecuencia, Bosch Gimpera establece para el pueblo vasco un origen en el paleolítico, unas características culturales plenas en el eneolítico y un área de expansión en época romana extensa, al crear un gran grupo vascón compuesto por autrigones, caristios, várdulos y vascones. Así, quedaba “ordenada” la protohistoria del Cantábrico oriental y Navarra no dejando espacio para una Edad de Hierro con características culturales propias, que se ve como una prolongación tardía del eneolítico representado por la cultura pirenaica occidental: “*efectivamente el carácter de los pueblos no ibéricos del Norte de la península se corresponde muy bien con el estado de las cosas del eneolítico, después del cual hemos visto tendía a estabilizarse la etnología. Pero por otra parte en los pueblos pirenaicos tenemos un punto de referencia que los enlaza con los vascones. Tal es el tipo antropológico de los restos humanos de la cultura pirenaica occidental que coincide con el de los vascos actuales más típicos*” (1923: 65-66).

La teoría expuesta por Bosch Gimpera en relación a la génesis del pueblo vasco en 1923 será retomada y reformulada por éste en trabajos posteriores, sin grandes modificaciones (Bosch Gimpera 1926,

1932, 1945), siendo significativa luego la incorporación al desarrollo histórico del País Vasco del elemento céltico. En efecto, una década más tarde P. Bosch Gimpera publica el artículo *Los celtas y el País Vasco* (1933) en el que ya incorpora topónimos de origen céltico para la zona de los autrigones (*Deobriga*-Puentelarra, *Vindelia*-Santa María de Ribarredonda, *Segisamunculum*-Cerezo de río Tirón, *Segontia Paramica*-Cigüenza del Páramo y *Uxama Barca*-Osma de Valdegovia); y los caristios (*Suessatium*-Zuazo). Para el área vascona no cita topónimo céltico alguno salvo Navardún que considera moderno (1933: 15-18). Esta constatación le lleva a matizar la hipótesis expuesta en 1923 acerca de la escasa presencia céltica: “*la intensidad de la celtización de la parte meridional del territorio de los autrigones y caristios, que parece ir en aumento a medida que nos aproximamos a la Bureba y por tanto al enlace con la Meseta propiamente dicha o sea el territorio de los turmódigos y los vacceos, hace pensar que un tiempo dominaron los celtas no solo el camino de la Rioja a Burgos, sino también el de Pamplona-Vitoria-Pancorbo-Bureba*” (1933: 17). El cambio es esencial dado que abre a la influencia foránea, celta, la mayor parte de las tierras del grupo que el autor había definido previamente como parte del vascón: autrigones, caristios y várdulos. Aun así, mantiene la reserva sobre los vascones y matiza la relación entre indígenas y celtas: “*los elementos célticos en cuestión, representados por nombres de lugar en sus posiciones estratégicas, algunas señalando claramente una estación militar como Deobriga, harían creer tan solo en un dominio en el momento de la ocupación o de la fortaleza máxima del pueblo celta que habría dejado intacto bajo los dominadores el elemento indígena que resurge así que la fuerza de aquellos se debilita, sobre todos al ser favorecidos por los romanos que se apoyan principalmente en él y que tienen en general interés en debilitar todavía más a los celtas*” (1933: 17). En este punto, la argumentación llega a transformarse en mera divagación carente de cualquier base científica tanto por la persistente devaluación de los evidentes indicios toponímicos, como por las afirmaciones que hace en relación al resurgir del sustrato indígena.

En una obra posterior, *Two Celtic Waves in Spain* (1942), Bosch Gimpera sitúa entre otros topónimos de origen céltico varios localizados en el País Vasco, algunos en la costa: “*in the Basque highlands are other peoples bearing Celtic names, the Origeiviones on the Vizcayan coast, and the Caristi east them, from Vitoria northward to the sea. The Varduli, though indigenous, were also more or less Celticized, as appears from the river-name Deva, and the town of Tolosa. The Nervión river suggests the presence of Nervii*”. Mantiene no obstante la hipótesis de una reconquista indígena de las tierras ocupadas por los celtas: “*while it looks the Celtic invaders dominated the Basque population at first, some of the natives, such as the Vascones and Varduli, recovered most of the territory after the collapse of Celtic power in Spain*” (1942: 87). El planteamiento final del alcance del proceso de celtización presentado por Bosch Gimpera queda fijado definitivamente en su obra de madurez *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España* (1945: 135): “*en los territorios próximos al extremo occidental del Pirineo ocupado por los vascones, la dominación céltica no afectó demasiado a la masa de la población y mantuvo sin duda constante su carácter militar, desvaneciéndose cuando los romanos circularon por el alto valle del Ebro en conexión con las campañas de Celtiberia*”.

El alcance de la síntesis propuesta por Bosch Gimpera será amplio en el tiempo y decisiva en la forma de abordar, a partir de

11 En este punto Bosch Gimpera hace una reflexión sobre la validez de las fuentes latinas como medio de aproximación al conocimiento de los pueblos indígenas del ámbito vasco, desechando a aquellos autores como Plinio y Mela que considera menos seguros por haber redactado sus escritos en una fecha más alejada de la Guerras Cántabras que Estrabón. Aquí, el investigador catalán entra en contradicción con su propia argumentación al tomar como principal fuente de información para la ubicación de los pueblos prerromanos a Ptolomeo, un autor del siglo II d.C.

entonces, el proceso de gestación del pueblo vasco y el estudio de las etapas históricas más tardías del mismo. Su repercusión y éxito creemos que se basó en dos hechos fundamentales. Por un lado, el prestigio del profesor catalán, avalado por la sofisticada capacidad para la exposición de sus teorías, que le permite ensayar un “intento de reconstrucción de la etnología vasca” aparentemente lleno de coherencia. Junto a ello, tenemos el hecho de estar en un momento histórico en el que emerge una nueva forma de ver la realidad política de España, la de las nacionalidades, y ante un auditorio, incluido el conjunto de los investigadores, deseoso de disponer de una teoría que explique la singularidad del País Vasco. La teoría de Bosch Gimpera estaba aparentemente bien construida y explicaba los datos ofrecidos por la lingüística, la antropología y la arqueología.

José Miguel de Barandiaran. Del colectivo de científicos que en el período comprendido en las tres primeras décadas del siglo XX trabajaba sobre la Prehistoria del País Vasco, destaca, por el alcance y la intensidad de sus investigaciones, el grupo formado por T. Aranzadi, E. Eguren y J. M. Barandiaran. De los tres, será Barandiaran quien a través de su dilatada y fecunda vida reelabore y dote de contenidos la teoría expuesta por Bosch Gimpera, creando un nuevo esquema que explique el origen y la gestación del pueblo vasco. Para esta labor, Barandiaran recurrirá a una infatigable labor de campo tanto excavando numerosos yacimientos a lo largo del País Vasco, como dedicando innumerables jornadas a las encuestas etnográficas. Todo ello formará parte de las argumentaciones y pruebas que, enmarcadas en un proyecto historicista, serán expuestas en sus obras más significativas: *El hombre primitivo en el País Vasco* (1934) y *El hombre prehistórico en el País Vasco* (1953).

La urdimbre sobre la que se traza el proyecto de Barandiaran parte de los trabajos de Bosch Gimpera ya citados, al que sigue prácticamente de forma literal, para afirmar: “sólo el pueblo franco-cantábrico del paleolítico superior se perpetuó en el Pirineo a través del neolítico y de la edad de los metales, dando origen a los vascos históricos” (1931: 370) o, con una mayor concreción que ya no deja lugar a dudas, cuando señala la autoridad del maestro catalán para aseverar “la afirmación de que un mismo pueblo ha perdurado en el territorio vasco desde el Paleolítico superior hasta hoy se halla, pues, apoyada en un hecho comprobado por la Arqueología, es decir, en la singularidad no interrumpida de la cultura de este país desde aquellos lejanos tiempos hasta los albores de la historia. Y este fenómeno solo es explicable suponiendo la continuidad o persistencia de un mismo grupo étnico en el país” (1934: 356-357)¹². Partiendo de este planteamiento inicial, Barandiaran afirma luego que “los pirenaicos, con sus elementos culturales característicos, continúan principalmente en los Pirineos occidentales sin alteraciones de importancia hasta los tiempos históricos, en que sus tribus aparecen primeramente con nombres diferentes -vascones, várdulos, caristios y autrigones- y últimamente con el de vascos. En efecto, no hay datos que demuestren movimientos de pueblos en el país vasco después del eneolítico” (1934: 431).

Al afrontar el estudio de las etapas de la Prehistoria más reciente, edades del Bronce y del Hierro, Barandiaran señala los hallazgos

de objetos metálicos: “varias hachas de bronce (la del Museo de Pamplona, la de Arzeniega, las de Kutxinobaso-Zenarruza), algunas lanzas de lo mismo (la de Orkatzategi-Oñate- y la de Gernika-Museo arqueológico de Bilbao) y los torques hallados en Zenarruza, son los restos materiales conocidos del vasco de la edad del bronce” así como un posible yacimiento funerario de incineración en Salbaterrabide (Vitoria): “con cerámica basta trabajada a mano (forma de olla con orificios de suspensión y pezones), hachas y flechas de piedra” (1934: 405-406). Para la Edad del Hierro reconoce “algunos estratos del yacimiento de Kutzemendi (cerca de Vitoria). Se halla éste en lo alto de una colina, donde pueden apreciarse los restos de un poblado antiguo semejante a los castros celtibéricos de Soria y de Logroño”, así como el segundo nivel de Salbaterrabide, los estratos inferiores de Iruña (Iruña de Oca) y Santa Engracia (Laguardia), y el ajuar metálico recuperado Etxauri (Navarra) (1934: 407-408). En este punto, en el que el modelo propuesto por Barandiaran, basado en la continuidad, parece quebrarse, dada la presencia de yacimientos atribuibles a formas de poblamiento “semejantes a los castros celtibéricos” en el País Vasco, el autor nos ofrece una posible explicación: “la vecindad de este pueblo (el grupo céltico de los berones asentado La Rioja) explica las influencias célticas que se han podido observar en los yacimientos arqueológicos de Kutzemendi y Salbaterrabide, próximos a Vitoria” (1934: 432). Barandiaran continúa así manteniendo las mismas argumentaciones propuestas por Bosch Gimpera para explicar la no influencia céltica en el País Vasco: “los celtas, a su vez, se limitaron a pasar hacia el 600 antes de J. C., sin establecerse en el interior del país, como se comprueba por la ausencia absoluta de nombre toponímicos celtas en las comarcas más céntricas del territorio vasco” (1934: 432). De este modo, tanto para las edades del Bronce como del Hierro propone una continuidad cultural en la que los cambios observados (ajuares y yacimientos) son producto de influencias asociadas a corrientes culturales y nunca a la migración de pueblos.

En la misma década en la que trabaja Barandiaran, pero ya en plena Guerra Civil, **Julio Martínez Santa Olalla** va a redactar su propuesta “para una nueva reconstrucción de la paletnología hispana” en su *Esquema Paletnológico de la Península Ibérica*, editado finalmente en 1941. La obra será aceptada por el Régimen como guión para explicar la Prehistoria hispana, a la vez que justificará con su discurso la nueva situación de la España de posguerra. La obra de Martínez Santa Olalla es un breve esquema descriptivo, carente de argumentaciones, aparato crítico y bibliografía que, desde un planteamiento idealista e historicista, busca la esencia de lo español a través del análisis de la Prehistoria peninsular. La propuesta de Martínez Santa Olalla para la etapa protohistórica se presenta en un marco en el que destaca la importancia dada a las migraciones de gentes de origen indoeuropeo en la Península. Propone la existencia de cinco grandes invasiones que llegan a la península entre los siglos XII y IV a.C., desplazándose y superponiéndose hasta hacer desaparecer el sustrato indígena anterior de origen africano. De este modo toda la península pasará a estar ocupada por una raza y una cultura céltica. Lo genuinamente español será céltico y europeo, volviendo la espalda a las teorías africanistas (1941: 142).

El *Esquema* de Santa Olalla está expresamente dirigido contra las proposiciones paletnológicas de Bosch Gimpera, único autor al que cita, y contra aquellos que han trabajado siguiendo las teorías

12 La referencia remite a Bosch Gimpera (1925: 184): “no es posible explicarse la presencia del pueblo pirenaico en sus hogares más que como habiendo vivido allí desde tiempo inmemorial, procediendo de los antiguos grupos paleolíticos de la región”.

del maestro catalán: *“la inactualidad de nuestras conclusiones en materia paleontológicas se ofrecía ya con caracteres acusados en los últimos años, en que por parte de algunos pocos investigadores se retocaba el sistema base de la reconstrucción prehistórica hispana, el de P. Bosch Gimpera (progresivamente retocado por su propio sistematizador), sin atreverse nadie a reconocer lo insostenible de ya periclitados criterios”* (1941: 141). La causa de este retraso de la investigación es atribuida por Martínez Santa Olalla a *“causas de índole política y causas puramente profesionales de miopía de la investigación”* (1941: 141). Pasa luego a enunciar las principales bases para el nuevo planteamiento etnológico que quiere trazar e indica *“la necesidad de una autopsia en la edad del hierro hispánica, con revalorización de lo céltico, y de lo púnico como mediador helenizante”* (1941: 141-142). Más adelante vuelve a insistir en ello: *“para épocas más recientes se pretendía ignorar el papel revolucionario en el destino hispánico de los pueblos indoeuropeos”* (1941: 143). En el *Esquema*, en relación a la primera Edad del Hierro, propone: *“llamamos hierro I céltico al que se desenvuelve en las mesetas y países atlánticos hispanos, de filiación claramente céltica goidélica, que se caracteriza por núcleos de población siempre estratégicamente situados, con fortificaciones potentes por diminutos que aquellos sean, murallas de mampuesto tapial o simple tierra, que responden a una organización guerrera de gentes que han llegado por la fuerza de ese puñal de antenas que puede ser su símbolo”* (1941: 158). La propuesta de Martínez Santa Olalla, en la que el derecho de conquista justifica el éxito de esas corrientes indoeuropeas, no deja de sonar a justificación histórica de hechos más recientes. Ese Hierro I céltico no sólo arrasa lo que anteriormente pudiera existir si no, una vez asentado en la meseta, *“se derrama hacia el Sur y litoral mediterráneo (e incluso tiene algún influjo sobre Baleares), llevando a todos los ámbitos de España ese celtismo hispano”* (1941: 160).

Para Santa Olalla, la segunda Edad del Hierro aparece dividida en dos culturas: el Hierro II ibérico y el Hierro II céltico. Esta última *“es la resultante de un proceso que se realiza in situ a base de la suma de elementos étnicos y culturales, estos últimos, fundamentalmente de la cultura de Hallstatt retardada, más nuevos elementos ultrapiresnaicos”* (1941: 163). Caracteriza a esta cultura del Hierro II céltico como *“la época de los castros por antonomasia, en que se amplían y transforman los viejos y se construyen otros nuevos con poderosas obras defensivas, constituyendo verdaderas ciudades”* (1941: 164). Pero quizás una de las facetas más interesantes de su exposición es cómo Martínez Santa Olalla hace de la meseta castellana el centro y origen de esa cultura del Hierro II céltico: *“se puede agrupar en grandes grupos regionales, cuyo centro es el de Castilla la Vieja o de la meseta superior, y en torno a él los periféricos del Ebro y extensiones, el cántabro-atlántico o galaico-portugués y el de la baja meseta o de Castilla la Nueva y Extremadura”* (1941: 156), siguiendo así el esquema político, monolítico y centralizado, establecido entonces.

El *Esquema Paletnológico* propuesto por Martínez Santa Olalla hacía tabla rasa de todo rastro de cultura indígena precéltica, arrancando de raíz cualquier intento de singularidad local que se hubiera propuesto para algunas de las “culturas arqueológicas” regionales en la Península. En su lugar se afirma la presencia de una sola cultura y raza céltica genuinamente característica de lo español (1941: 166). Las nuevas bases para la reconstrucción de la paletnología hispana -fuesen o no aceptadas por el resto de la comunidad científica- junto a la posición hegemónica de Martínez Santa Olalla, lleva-

ron a primar los estudios de las etapas protohistóricas dentro de un marco interpretativo étnico y cultural de filiación indoeuropea o céltica. Es a partir de este momento cuando se intensifican los estudios sobre yacimientos de la Edad del Hierro en Navarra, La Rioja y, en menor grado, en Álava y Bizkaia. Como era de esperar, dado lo evidente de los poblados protohistóricos riojanos y navarros, los primeros trabajos se iniciaron en estos territorios (Castiella 1977). En 1942 fue excavado El Castejón (Arguedas) por B. Taracena y L. Vázquez de Parga, documentándose una secuencia estratigráfica de la segunda Edad del Hierro y de época romana (Taracena y Vázquez de Parga 1947a: 4). Al año siguiente, los mismos investigadores excavan en Echauri los yacimientos de Leguín, Santo Tomás y San Quiriaco en busca de alguna referencia para el lote de armas y herramientas dado a conocer inicialmente por Bosch Gimpera (Taracena y Vázquez de Parga 1947b: 135). En 1945 Taracena y Fernández de Avilés exploran el poblado de Partelapeña (El Redal) como continuación de los trabajos realizados en el lugar por Taracena en la década anterior y el poblado del cerro de Cantabria (Logroño) ambos en La Rioja (Fernández de Avilés 1956: 329). Ya en 1947 y 1948 Taracena y Vázquez de Parga excavan la necrópolis de La Atalaya y en los años siguientes el poblado del Alto de la Cruz, ambos en Cortes. Éstos, con los trabajos posteriores de L. Gil Farrés y J. Maluquer de Motes, van a ser los yacimientos de referencia para los futuros trabajos a realizar en el País Vasco (Maluquer de Motes 1956). En Álava será G. Nieto el encargado reabrir la línea de investigación. Así, en 1950 realiza una campaña de excavación en el poblado de Kutzemendi (Vitoria), continuando con los trabajos de B. Osaba y D. Fernández Medrano¹³, para pasar en los dos años siguientes a explorar el poblado de La Hoya en Laguardia (Nieto 1962).

La iniciativa de investigar las culturas protohistóricas no tarda en llegar a Bizkaia. Ya en 1942, la Diputación de Vizcaya invita a B. Taracena y A. Fernández de Avilés a indagar en el pasado prerromano de este territorio. Los resultados de la investigación fueron dados a conocer en la *Memoria sobre las excavaciones en el castro de Navárniz (Vizcaya)*, monografía dedicada tanto a enunciar la problemática sobre la etapa protohistórica vizcaína y mostrar los resultados de los trabajos de campo en el castro de Navárniz como a inventariar todo lo que de céltico y romano pudiera haber en Bizkaia (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 5). De nuevo, el principal motivo es buscar *“alguna estación de la Edad del Hierro que permitiera llenar, siquiera con un nombre, el vacío de ese milenio en el país vasco”* (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 7). La razón para ello es la ruptura del esquema continuista del poblamiento vasco propuesto por Bosch Gimpera y aparentemente confirmado por Barandiaran. El objetivo es evidente: demostrar la presencia de poblaciones celtas (y romanas) en Bizkaia para poner en evidencia, por falsas, las afirmaciones de quienes pretendían demostrar la singularidad no interrumpida del pueblo vasco.

En la introducción al tema, Taracena y Fernández de Avilés vuelven sobre los planteamientos de Bosch Gimpera, para repasar la teoría de éste sobre la casi nula incidencia de las migraciones célticas en el País Vasco, citándolos y poniéndolos en duda: *“por cuanto se refiere a las Provincias Vascongadas y a su extensión en Cantabria, toda esa ingeniosa teoría descansa en el argumento negativo de la*

13 B. Osaba y D. Fernández Medrano, *Informe de las prospecciones en el castro de Santa Cruz (Olárizu)*. Vitoria, inédito.

carencia, en su decir completa, de restos célticos en un territorio que debemos reconocer difícil de explorar y en que quizás tampoco se han intentado buscar” (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 15). Para ello se proyecta una amplia campaña, a lo largo de 1942 y 1943, en busca de estos indicios. Se trabaja sobre todos aquellos aspectos que puedan demostrar la presencia de gentes foráneas en Bizkaia ya sean celtas o romanas (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 5-31)¹⁴.

Taracena y Fernández de Avilés, tras dedicar una campaña de excavación al castro de Navárniz, documentan por primera vez la existencia de un poblado “*anterromano y céltico, quizá de los siglos IV ó III antes de J. C.*” en lo que ellos denominaron como castro de Navárniz (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 44). Sobre el lugar indican que “*con las reservas necesarias estas ruinas, emparentadas con las de los territorios vacceos y arévacos, gentes entradas en España antes de esa llegada de galos, hacen pensar que proceden de un mismo grupo cultural y hablan también de la emigración céltica en Vizcaya en el siglo VI antes de J. C.*” (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 45). Las excavaciones realizadas en Navarniz permitieron determinar la naturaleza de las fortificaciones, lo que quedó plasmado en diferentes perfiles y dibujos, y ayudaron a establecer un plano de la planta del castro. Sin embargo, la excavación no tuvo gran trascendencia en la bibliografía posterior debido a lo escasamente significativo del material arqueológico hallado: “*dos pequeños fragmentos de un vaso de barro y un pequeñísimo fragmento informe de un objeto de hierro roído*” (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 41). Ello impedirá adscribir con precisión el yacimiento a una cultura prerromana concreta.

Este primer trabajo ayudó a establecer la presencia en el entorno geográfico del Cantábrico oriental de recintos fortificados de la Edad del Hierro, pero el hecho de no localizar en su interior restos evidentes de estructuras de habitación ni de ajuares significativos negó la posibilidad de equiparlo con otros castros del norte. Por ello fue considerado el caso de Arrola, como un recinto “*que fuera tan sólo un lugar de refugio en momentos de lucha para los pastores y habitantes de caseríos lejanos*” y no un núcleo de población estable (Taracena y Fernández de Avilés 1945: 44). Por otra parte, J. M. Barandiaran publicará poco tiempo después su *Contribución al estudio de los cromlechs pirenaicos* (1949) en el que repasa lo que hasta esa fecha se ha indagado sobre este tema recogiendo la cita de las excavaciones de R. Gombault en los cromlechs de Okabe, T. de Aranzadi en Oyarzun, así como sus trabajos en los cromlechs de Olegi y Gorostiarria (Barandiaran 1949: 360). Ya en el último párrafo de ese trabajo Barandiaran confirma que, por comparación con otros lugares, “*las excavaciones efectuadas en gran número en las regiones de Ger y de Avezac-Prat (Altos Pirineos), demostraron que los monumentos de iguales características que los cromlechs vascos eran sepulturas de incineración de la segunda edad del hierro. Por eso es razonable suponer que los cromlechs del Pirineo vasco sean también de la edad del hierro, mientras no se demuestre otra cosa*” (Barandiaran 1949: 360).

Coincide con el regreso del exilio de J. M. Barandiaran la publicación de su segunda síntesis, *El hombre prehistórico en el País Vasco*

(1953). Esta obra representa un cambio notable en la actitud de Barandiaran ante el problema central de su proyecto: el estudio del origen del pueblo vasco. Se trata de un trabajo de madurez, más crítico y mejor documentado, en el que incorpora los diferentes avances arqueológicos relativos a los yacimientos de la Edad de Hierro. Como en la obra del año 1934, continúa manteniendo la continuidad de la raza vasca, en función de los rasgos antropológicos (Barandiaran 1953: 137-138), en esta ocasión reforzada por los hallazgos de la cueva de Urtiaga¹⁵, pero al contrario que entonces se aleja expresamente de planteamientos aislacionistas, aceptando la relación de los habitantes prehistóricos del País Vasco con su contexto geográfico inmediato: “*durante el Neolítico y edades siguientes interfieren en los valles pirenaicos los estilos procedentes de la península ibérica, los de los países nórdicos y los de la zona mediterránea y quizás también los asiánicos*” (Barandiaran 1953: 9). Trasladando estas afirmaciones al período protohistórico, la Edad del Hierro, Barandiaran nos indica: “*desde el fin de la edad del bronce numerosos movimientos de pueblos se registran en la Europa occidental, lo que da ocasión a la población pirenaica para establecer contactos con diversas gentes y corrientes culturales. Una de éstas, probablemente de origen céltico, importada o irradiada por algún pueblo inmigrante, se propagó en una gran parte de los Pirineos, principalmente en sus pasturajes septentrionales. Otra corriente, igualmente céltica, se propagó por las regiones del Sur, formando en diversos puntos del país vasco pequeñas aglomeraciones y poblados fortificados*” (Barandiaran 1953: 172). A continuación, nos indica la pertenencia a la corriente septentrional de los numerosos *baratz* o círculos de piedra a modo de cromlech y cita sus principales estaciones: Elorta, Iratí, Ocabe, Lindus, Atalosti, Zaho, Baigura, Iuskadi, Artzamendi, Ezurreta, Mailarreta, Goizamendi, Ibaineta, Gorostiarria, Mandale, Pittare, Lerate, Oyarzun, Elazmuño, Olegi, Aramo, Unamuno, Estzela, Oentzun y Altixista (Barandiaran 1953: 173-175). Para la corriente meridional, a la que cita como “oleada céltica del Sur” atribuye los yacimientos de Castejón y Etxauri (Navarra), La Hoya, Iruña, Kutzemendi, Salbaterrabide y Oro (Álava) y Arrola (Bizkaia) (Barandiaran 1953: 175). De la lectura de estas páginas no llegamos a comprender si Barandiaran nos está indicando la llegada de gentes foráneas de origen céltico al País Vasco o tan solo de las influencias culturales que suponen las nuevas modalidades funerarias (la incineración y los cromlechs o *baratz*) y de asentamiento (poblados fortificados). El texto, que resulta ambiguo, parece defender la perduración del poblamiento tradicional en los pastos del Pirineo, al que se incorporan las nuevas modalidades funerarias por la influencia de corrien-

15 Una aproximación al tema en I. Barandiaran (1987: 21): “*el descubrimiento, en excavación, por T. de Aranzadi y J.M. de Barandiaran de la riquísima serie antropológica de la cueva de Urtiaga (en Itziar/Deva: Guipúzcoa) entre los años 1929 y 1936, aportó una colección de restos depositados en una aparente secuencia estratigráfica que cubría un amplio espacio de tiempo, empalmando las últimas épocas del Paleolítico Superior (“Magdaleniense final”) con el Eneolítico a través del Epipaleolítico (Aziliense). La presencia de dichos restos al parecer escalonados en el tiempo, a lo largo de unos ocho mil años, y la apreciación en los más antiguos de características que en parte eran propias del tipo de Cro-Magnon junto a otras que correspondían al vasco propició la opinión de que en el seno de la población prehistórica de la zona se había producido una evolución a partir de los tipos del Paleolítico Superior hacia el prototipo pirenaico occidental vasco*”. En fechas posteriores, una vez aplicados los sistemas de datación radiocarbónicos a los restos de Urtiaga se comprobó una cronología centrada en el Bronce final (Altuna y de la Rúa 1989: 23-28).

14 Se revisan los hallazgos y yacimientos de Balzola (Dima), El Bortal (Carranza), Iruzubieta y Kutxinobaso (Markina), Gernika, Mikeldi (Iurreta), Lujar (Güeñes), Lejarza (Larrabezua), Artolatx (Abadiano), estelas de Meñaka y Larrabezua y las evidencias romanas entonces conocidas.

tes culturales de origen céltico “importada o irradiada por algún pueblo inmigrante”. En cambio, para la zona sur, al enunciar una “oleada céltica” parece aceptar la presencia de gentes portadoras de una cultura foránea y céltica (Barandiaran 1953: 173).

Las décadas siguientes verán la consolidación de nuevas iniciativas por parte de investigadores que, movidos por la falta de información, saldrán al campo en busca del hombre de la Edad del Hierro. El mismo Barandiaran dedicará tres campañas al castro guipuzcoano de Intxur (Tolosa y Albistur) entre 1957 y 1959. Los trabajos, que son recogidos en *El Castro de Inxur* (1961), consistieron en la exploración de las terrazas y defensas de la fortificación, así como en la excavación de varios recintos. Los resultados, como había ocurrido en el castro de Navarniz, fueron hasta cierto punto decepcionantes ya que no se pudo indagar más allá de las estructuras, debido a la ausencia de materiales arqueológicos. Entre las “observaciones” vemos que “*el campo de Inxur es, pues, un sistema defensivo, obra sin duda de la población indígena, gemela de los castros de época céltica construidos en los siglos IV y III antes de J.C.*” (Barandiaran 1961: 24). Al contrario de lo expuesto por Taracena y Fernández de Avilés en relación al castro de Nabarniz, que lo consideraban de origen céltico, la propuesta de Barandiaran aprecia en el poblado de Intxur una semejanza morfológica con los castros de época “céltica”, pero lo considera levantado por la población indígena. Como ocurría para el castro de Nabarniz, la falta de resultados hace suponer que el asentamiento tiene “carácter de refugio temporario utilizado por los habitantes de la comarca en casos de peligro de alguna invasión” (Barandiaran 1961: 24).

A partir aproximadamente de 1960, la nueva generación de investigadores que se va a incorporar a la búsqueda de nuevos datos sobre la protohistoria vasca proporcionará una información excepcional para la vertiente sur del País Vasco. En Álava, el Instituto Alavés de Arqueología va a emprender de forma sistemática el estudio de la Edad de Hierro en ese territorio. Durante más de dos décadas se van a suceder las excavaciones de poblados protohistóricos: Peñas de Oro (Zuya), entre 1964 y 1967 (Ugartechea *et al.* 1971: 217-262); Castillo de Henayo (Alegría), entre 1969-1970 (Llanos *et al.* 1975); Berbeia (Valdegovía), en 1972 (Agorreta *et al.* 1972); los Castros de Lastra (Valdegovía), entre 1971 y 1983 (Fariña 1973; Sáenz de Urturi 1977) y el poblado de La Hoya (Laguardia), excavado anualmente desde 1973 (Llanos 1983). Simultáneamente a estas investigaciones, J. M. Apellániz Castroviejo, elaborará su tema de tesis doctoral. El trabajo, que en principio estaba orientado al estudio del fenómeno megalítico en el País Vasco, se fue transformando en una labor más amplia al extenderse a otras realidades arqueológicas, como son las cuevas sepulcrales, y al enmarcarse en una cronología más amplia que abarcaría desde el Neolítico hasta el período romano. Con la figura de Apellániz llegaron, ya plenamente, los nuevos métodos y procedimientos de la arqueología más actual, siendo aplicados en un extenso número de yacimiento que él mismo excavaba: Tarrerón, Kobeaga, Ereñuko Arizti, Albiztei o Arenaza I entre otros (Apellániz 1971, 1974 1975; Apellániz y Altuna 1975)¹⁶. El trabajo de síntesis recogido por razones editoriales en tres volúmenes, se plantea desglosado en: *Corpus de materiales de las culturas prehistó-*

ricas con cerámica de la población de cavernas en el País Vasco meridional (1973), donde expone los yacimientos y materiales tratados; *El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco* (1974), en el que analiza la cultura de la vertiente mediterránea, y *El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica* (1975), dedicado a la vertiente cántabrica.

Como punto de partida puede sorprender la inclusión de Apellániz en una nómina en la que se recogen investigadores y obras sobre la Edad del Hierro en el País Vasco, dado lo específico de la temática de su tesis doctoral, siempre relacionada con la “población de cavernas” y, por tanto, alejada del mundo de los grandes poblados fortificados que caracterizan este período¹⁷. Sin embargo, es el profesor Apellániz quien puso, a través de las obras citadas, las bases para una nueva síntesis de la Prehistoria vasca. La obra de Apellániz presentaba dos argumentaciones novedosas que modificaban el planteamiento de la distribución de las culturas materiales anteriores a la presencia de Roma en el País Vasco.

Primero, establece la subdivisión de la población de cavernas en dos grupos. Al norte, sobre la vertiente cántabrica, ubica al Grupo de Santimamiñe (1975a); al sur, sobre la mediterránea, sitúa al Grupo de Los Husos (1974). Todo ello en función de las características culturales de los ajuares estudiados (Apellániz 1975a: 51-89) y apoyándose en los rasgos diferenciadores de los restos antropológicos: “*según los estudios del Prof. J. M. Basabe, se encuentra en el área de Los Husos una población que es producto de un mestizaje entre la llamada raza pirenaico-occidental y la mediterránea grácil. Por el contrario, en el área de Santimamiñe se encuentra una raza que se llama pirenaico-occidental en estado más o menos puro*” (Apellániz 1974b: 69). En el fondo parece estar latente el esquema de distribución de la población protohistórica propuesto por Bosch Gimpera (1923), implícito en Barandiaran (1953), por el que una parte del territorio, la más abrupta o montañosa, conserva las características culturales y antropológicas del pirenaico occidental y otra, más meridional y periférica, presenta mestizaje. Estaríamos ante un viejo esquema vestido con nuevos datos.

En segundo lugar, es responsable de la creación de una seriación cultural, dotada de fases, ajuares-tipo y cronologías para las etapas más recientes de la Prehistoria vasca, que propone una dualidad en el poblamiento con dos sociedades contemporáneas que comparten el mismo medio físico pero que no se relacionan (Apellániz 1974b: 343; 1975a: 66).

De la articulación de ambas innovaciones se puede obtener el punto de vista de Apellániz para conocer un período concreto de la evolución histórica de la región. Nos interesa detenernos en lo afirmado para la Edad de Hierro.

Al dividir el territorio en dos zonas, ocupada cada una de ellas por un grupo, debemos tratar por separado esta cuestión. Apellániz no duda en que, para el área meridional -la vertiente mediterránea ocupada por el Grupo de Los Husos- se deba establecer una Edad de Hierro de cronología clásica. Lo que aporta de novedoso la propuesta de Apellániz es la existencia de un tipo de “pobladores de cavernas”, contemporáneo a la ocupación de los grandes poblados fortificados como Peñas de Oro o Henayo (Apellániz 1974b: 353-355) que no se integra en la cultura indoeuropea y se arrincona, al menos en

16 El lector puede encontrar la bibliografía de Juan María Apellániz en la recopilación hecha por Carmelo Fernández Ibáñez (2004), en la que se recogen sus principales intervenciones.

17 Hemos de indicar la participación de Apellániz en la excavación y estudio de los castros del Castillo de Henayo (Llanos *et al.* 1975) y Oro (Apellániz 1974c).

parte, en las cuevas en las “*debe vivir (la población indígena) aislada del exterior, ignorada de lo que ocurre a su alrededor*” (Apellániz 1974b: 354) y más tarde en poblados al aire libre, hasta que regresan a las cuevas en el Bajo Imperio. Esta “*población de las cavernas*” tendrá una larga perduración: “*desde el ángulo de la cronología el período dura desde el 800 o 1000 a. de C. hasta el siglo IV o V después de Cristo, fecha en la que la población de cavernas es detectada ya romanizada en las cuevas*” (Apellániz 1974a: 344). Según esto, se debe deducir que este grupo fue impermeable a las influencias indoeuropeas, las celtibéricas y prácticamente las romanas (Apellániz 1975a: 84).

Para la vertiente cantábrica la propuesta de Apellániz es semejante, en líneas generales, a la emitida para el Grupo de Los Husos, pero matizada en el sentido de que el Grupo de Santimamiñe presenta unos rasgos culturales y antropológicos más arcaizantes. La hipótesis de Apellániz supone la existencia de una “*población de cavernas*” que, abandonando las cuevas en una etapa tardía del Bronce final, continúa su existencia, supuestamente viviendo en poblados al aire libre, en un estadio cultural de ese período, hasta que regresan a las cuevas en el siglo IV d.C., dentro del período que define como vascorromano. Una de las causas de los rasgos arcaizantes del colectivo que forma el Grupo de Santimamiñe pudiera ser la falta de estímulos próximos, entendiéndose la carencia de asentamientos de gentes alóctonas en su entorno. En este sentido, Apellániz pone en duda la existencia de recintos fortificados atribuibles a la Edad de Hierro: “*no hay asentamientos conocidos de la población de Campos de Urnas, pero las defensas de Navárniz o Illuntzar (Vizcaya) pueden explicarse fácilmente como restos célticos y anterromanos según creían Fernández Avilés y Blas de Taracena. Dígase lo mismo del castro de Intxur, defensas de muros que parecen no haber sido utilizados y cuya tipología no las acerca claramente a los indoeuropeos de Campos de Urnas*” (Apellániz 1975a: 84).

La propuesta de Apellániz resultaba compleja en los planteamientos y difícil de comprobar. Tres décadas después, no se ha probado la existencia de estos pobladores de cavernas y sí la presencia de una cultura, asentada en grandes recintos fortificados y plenamente instalada en la Edad del Hierro. Podemos considerar que con esta última hipótesis se cierra una parte de las investigaciones que incidieron, aunque tangencialmente, sobre la Edad del Hierro cantábrica.

CONSIDERACIÓN FINAL

Para la vertiente cantábrica no se proyectó una línea de investigación intensiva como la diseñada para Álava. Los investigadores que incidan sobre la problemática de este sector lo harán de forma parcial o accidental en función de los escasos hallazgos recuperados. Así, a comienzos del último cuarto del siglo pasado el desconocimiento de la protohistoria de la vertiente cantábrica al este del río Asón continuaba siendo prácticamente total. Lo poco que se podía afirmar aparece recogido en trabajos que tratan bien sobre zonas próximas (Llanos 1978: 119-127) o dentro de estudios parciales (Barandiarán 1975: 65-74).

En torno a 1980, a raíz de los cambios políticos y en el marco del nuevo reparto de competencias entre las diferentes administraciones, desde el Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico de

Vasco de Bilbao se potenció la apertura de nuevas líneas de investigación que incidieron sobre algunas de las etapas y procesos históricos menos conocidos de Bizkaia. En este sentido, se promoverá la búsqueda de evidencias y la excavación de nuevos yacimientos protohistóricos. A partir de estas iniciativas, con muy poco conocido y todo por saber, pudimos comenzar primero la búsqueda para, en función de los hechos arqueológicos documentados, poder acercarnos al hombre protohistórico del Cantábrico oriental. Estaba probado que ninguna de las explicaciones propuestas por los autores que habían tratado el problema satisfacían la curiosidad de los arqueólogos, quizás no era su objetivo, como hemos podido ver, ya que no permitía conocer los datos que ayudaran a responder a cuestiones tan sencillas como las formas más elementales de ocupación del territorio, las modalidades de habitación o la naturaleza de las estructuras funerarias, pasando por los ajueres cotidianos, de los que nada sabíamos. Había que empezar de nuevo y, si ello fuera posible, sin prejuicios que condicionaran los resultados. Debíamos encontrar al “Robinson vasco” y ayudarle a salir de su isla desierta.

BIBLIOGRAFÍA

Agorreta, J.A.; Llanos, A.; Apellániz, J.M.; Fariña, J.

1972 “Castro de Berbeia Barrio (Alava). Memoria de excavaciones. Campaña de 1972”, *Estudios de Arqueología Alavesa* VIII, 221-292.

Altuna, J.; de la Rúa, C.

1989 “Dataciones absolutas de los cráneos del yacimiento de Urtiaga”, *Munibe* 41, 23-28.

Apellániz, J.M.

1971 “El mesolítico de la cueva de Tarrerón y sus dataciones de C14”, *Munibe* 23, 91-104.

1973 *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas en el País Vasco meridional*, *Munibe*, suplemento 1.

1974a “El problema de las cuevas sepulcrales de Ereñuko Arizti, Arenaza II y Albiztei en Vizcaya”, *Cuadernos de Arqueología de Deusto* 1, 113-157.

1974b *El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco*, *Estudios de Arqueología Alavesa* 7.

1974c “Interpretación de la secuencia cultural y cronológica del castro de las Peñas de Oro (Zuya-Álava)”, *Munibe* 26, 1-2, 1974, 3-26.

1975a “El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica”, *Munibe* 28, 217-277.

1975b “El campamento mesolítico de pescadores de Kobeaga II, Ispaster”, *Noticiario Arqueológico Hispano* 4, 231-240.

Apellániz, J.M.; Altuna, J.

1975 “Memoria de la III campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 4, 183-196.

Arana Goiri, S.

1965 *Obras completas*, Ed. Sabindiar-Batza, Buenos Aires.

Aranzadi, T. de

- 1915 "Cromlech en guipúzcoa. Mairu-baratzak en Oyarzun", *Euskalerrialen Alde* 5, 707-714.
- 1922 "Síntesis métrica de cráneos vascos", *Revista Internacional de Estudios Vasco* XIII, 1-6 y 244-269.

Barandiaran, I.

- 1987 "Los estudios sobre antropología prehistórica en el País Vasco", *Veleia* 4, 7-50.

Barandiaran J. M.

- 1934 *El hombre primitivo en el País Vasco*, Colección Zabalkundea, 3, San Sebastián.
- 1949 "Contribución al estudio de los cromlechs pirenaicos", en *Homenaje a D. Julio de Urquijo e Ibarra*, V, San Sebastián, 197-212.
- 1953 *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires.
- 1961 *El Castro de Inchur*, San Sebastián.

Bosch Gimpera P.

- 1923 "El Problema etnológico vasco y la Arqueología", *Sociedad de Estudios Vascos*, tomo 14.4, 589-660.
- 1925 "Los pueblos primitivos de España", *Revista de Occidente* XXVI, 153-190.
- 1926 "La Prehistoria de los iberos y la etnología vasca", *Sociedad de Estudios Vascos*, 16.4, San Sebastián, 3-34.
- 1932 *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- 1933 "Los celtas y el País Vasco", *Sociedad de Estudios Vascos*, 23, 457-486.
- 1942 "Two Celtic waves in Spain", *Proceedings of the British Academy* 26, 1-126.
- 1945 *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.

Campión, A.

- 1919 *De las lenguas y singularidades de la lengua vasca como instrumento de investigación histórica*, Bilbao.

Castiella, A.

- 1977 *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona.

Duplá, A.; Emborjo, A.

- 1991 "El Vascocantabrisismo: mito y realidad en la Historiografía sobre el País Vasco en la Antigüedad", en J. Arce J. y R. Olmos (coords.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII - XX)*, Madrid, 107-111.

Eguren, E.

- 1914 *Estudio antropológico del pueblo vasco. La Prehistoria en Álava*, Bilbao.

Fariña, J.

- 1973 "El Oppidum de Lastra. Caranca (Alava)", *Crónica del XII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 345-346.

Fernández de Avilés, A.

- 1956 "Excavaciones en Logroño. Campaña 1945. Monte Cantabria y El Redal", *Berceo* 11, 329-343.

Fernández Ibáñez, C.

- 2004 "Publicaciones del Profesor Dr. Juan M.^a Apellániz", en *Homenaje al Profesor Dr. Juan M.^a Apellániz. 30 años de Arqueología (1972-2002)*, Anejos de Kobie 6 (vol 1), 2004, 31-38.

Gombault, R.

- 1935 "A propos des cromlechs d'Occabé", *Bulletin des Sciences, Lettres et Arts de Bayonne* 16, Bayonne, 391-393.

Gracia, F.; Fullola, J.M.; Vilanova, F.

- 2002 *58 anys i 7 dies. Correspondencia de Pere Bosch Gimpera a Lluís Pericot (1919-1974)*, Barcelona.

Iturralde y Suit, J.

- 1911 *La Prehistoria en Navarra*, Pamplona.

López Mendizábal, I.

- 1899 *Cantabria y la guerra cantábrica, como medio de averiguar el estado en que se encontraban las actuales provincias bascongadas en tiempo de Augusto*, ed. López, Tolosa.

Llanos, A.

- 1978 "El Bronce Final y la Edad del Hierro en Álava, Guipúzcoa y Vizcaya", *II Col·loqui Internacional de Arqueologia de Puigcerdà "Els pobles pre-romans del Pirineu"*, Puigcerdà, 119-127.
- 1983 *Poblado protohistórico de La Hoya. Laguardia (Álava)*, Vitoria.

Llanos, A.; Apellániz, J.M.; Agorreta, J.A.; Fariña, J.

- 1975 "El castro del Castillo de Henayo (Alegria-Álava). Memoria de excavaciones, campaña de 1969-1970", *Estudios de Arqueología Alavesa* 8, Vitoria, 87-212.

Maluquer de Motes, J.

- 1954 *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*, Pamplona.
- 1956 *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico II*, Pamplona.

Martínez Santa Olalla, J.

- 1941 "Esquema Paleontológico de la Península Ibérica", *Corona de estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires*, tomo I, Madrid, 141-166.

Nieto, G.

- 1962 "Cajas de barro célticas con decoración excisa", *Homenaje al profesor Mergelina*, Madrid, 659-665.

Pericot, L.

- 1925 *La Civilización Megalítica Catalana y la Cultura Pirenaica*, Barcelona.
- 1950 *Los Sepulcros Megalíticos Catalanes y la Cultura Pirenaica*, Barcelona.

Saenz de Urturi, F.

- 1977 "Avance a las excavaciones arqueológicas en Los Castros de Lastra. Caranca (Alava)", *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 633-640.

Sans i Puig, J.M.

1994 *Pere Bosch Gimpera*, Barcelona.

Schuchardt, H.

1922 "Heimisches und fremdes Sprachgut", *Revue internationale des études basques* XIII, 69-82.

Taracena, B.; Fernández de Avilés, A.

1945 *Memoria de las excavaciones en el castro de Navárniz (Vizcaya)*, Bilbao.

Taracena, B.; Vázquez de Parga, L.

1947a "Exploración del Castejón de Arguedas", *Excavaciones en Navarra I*, 1942-1946, 3-34.

1947b "Una prospección en el poblado de Echauri", *Excavaciones en Navarra I*, 1942-1946, 135-154.

Ugartechea, J.M.; Llanos, A.; Fariña, J.; Agorreta, J.A.

1971 "El Castro de Las Peñas de Oro (Valle de Zuya, Alava)", *Investigaciones arqueológicas en Álava, 1957-1968*, Vitoria, 217-262.